

## LIBRO SEGUNDO

*CAPITULO I.1.* Parecíame asimismo que con conversaciones semejantes animaba a los que con él andaban a ejercitar el dominio frente al deseo de manjar y de bebida, así como sobre lujuria y sueño y sobre el frío y el calor y la fatiga. Y habiendo conocido que uno de sus acompañantes andaba harto desarreglado respecto a tales puntos: «Escúchame—le dijo—, Aristipo<sup>39</sup>: si te tocara hacerte cargo de dos de nuestros jóvenes para educarlos, al uno de manera que viniera a ser capaz de gobernar, al otro que ni aun le disputara el puesto de gobierno, ¿cómo educarías a cada uno de ellos? Examinemos la cuestión, si quieres, partiendo de la alimentación, como quien dice de los primeros elementos.» Conque Aristipo contestó: «Y bien por cierto que me parece que la alimentación es el principio: pues, en verdad, que ni aun vivir podría nadie si no se alimentara.» 2. «Bien, pues entonces, el deseo de tomar el alimento, cuando llegue, es probable que les entre tanto al uno como al otro.» «Y bien probable», dijo. «Pues bien, cuanto a preferir llevar a cabo un asunto urgente antes que dar satisfacción al hambre, ¿a cuál de los dos habremos de acostumbrar a eso?» «Al que esté educándose, a fe mía—contestó—, para mandar, a fin que los asuntos públicos no queden sin concluirse al

39. Con Aristipo de Cirene, el futuro fundador de la escuela cirenaica o hedonista (cuya decisión por los placeres inmediatos como bienes tiene más bien el sentido negativo, que ya en esta conversación se refleja bien, de recusar la ambición de mayores bienes alcanzables a través de males) vuelve a aparecer Sócrates conversando en III, VIII, 1 (v. nota 111).

correr de su gobierno.» «También, por tanto—dijo—, para el caso de que deseen beber, el poderse contener la sed será al mismo al que se lo atribuyamos.» «Pues, sí, sin la menor duda», le contestó. 3. «Y el tener dominio sobre el sueño, al punto de poder lo mismo acostarse tarde que levantarse de madrugada, y aun pasarlo en vela, si hace falta, ¿a cuál de los dos deberemos inculcárselo?» «También eso—respondió—al mismo.» «Y, ¿qué—le dijo—con lo de tener dominio sobre las pasiones del amor, de modo a no verse por ellas estorbado de realizar cualquier cosa que haga falta?» «También eso—respondió—al mismo.» «Pues, ¿qué?: lo de no rehuirse de las fatigas, sino de voluntad cargar con ellas, ¿a cuál de ambos se lo tendremos que poner?» «También eso—dijo—al que esté educándose para mandar.» «Y qué: y el aprender cualquier modo de ciencia que pueda ser pertinente para vencer a los contrarios, ¿a cuál de los dos le estaría mejor el atribuírselo?» «Pues, a fe, ¿qué duda cabe?—respondió—: al que está educándose para gobernar: ya que tampoco habría de las otras lecciones provecho alguno sin enseñanzas como ésas.» 4. «El que haya sidó, pues, así educado, ¿te parece que estará menos expuesto a caer en manos de sus contrarios que el resto de los animales? Pues de éstos viene, en suma, a suceder que unos, seducidos por el apetito, y aun con eso que son algunos tan desconfiados, empujados, con todo, al cebo por el deseo de comer son así apresados, mientras que a otros se les atrapa por la bebida.» «Así es, sin duda», le contestó. «Bien, y también a otros por ansia del amor, como los machos de codornices o los de perdices, que al grito de la hembra, movidos del deseo y esperanza del placer de amor y perdido el poder de calcular peligros, vienen a caer en los aparejos de la caza.» 5. Asintió también a esto. «Bien, y qué: ¿te parece o no que es cosa vergonzosa para un hombre pasar por lo mismo que las más estúpidas de las bestias? Así como los adúlteros, cuando entran a las habitaciones reservadas, a sabiendas de que pende sobre el que cae en adulterio el riesgo de que se ejecuten en él las penas con que las leyes amenazan y de ser sorprendido y atrapado sufrir todos los ultrajes; conque, siendo tamaños los perjuicios a que el adúltero está expuesto y habiendo tantos medios para librarse del deseo de amor en paz y calma, dejarse, sin embargo llevar a los peligros, ¿no es el colmo ya de la insensatez y la locura?» «A mí así me lo parece», dijo. 6. «Y eso de que las más de las ocupaciones más necesarias para los hombres tengan que hacerse al aire libre, como son las de la guerra y

las de la labranza y no las menos importantes de las otras, y que los más en cambio de los hombres se estén sin entrenarse para los fríos y los calores, ¿no te parece descuido muy notable?» Asintió también a esto. «Así que, ¿te parece que al que haya de gobernar habrá que ejercitarlo en soportar también sin pena tales importunidades?» «Pues sí, sin la menor duda», contestó. 7. «Así, pues, si a los que tienen dominio sobre todos esos extremos los alistamos entre los hombres de gobierno, a los que sean incapaces de ello, ¿los alistaremos entre aquellos que ni aun habrán de disputarles puesto alguno?» También con eso se mostró de acuerdo. «Entonces, qué: una vez que sabes ya la orden de alistamiento de cada uno de ambos grupos, ¿te has puesto alguna vez a considerar en cuál de las dos listas esas te puedes incluir tú mismo debidamente?» 8. «Sí que lo he hecho —contestó Aristipo—, y, desde luego, en modo alguno me incluyo yo en la lista de los que aspiran a gobernar. Pues a la verdad que me parece cosa de hombre rematadamente loco eso de que, siendo ya tan gran trabajo conseguir para uno mismo lo que le hace falta, no haya bastante aún con eso, sino todavía echarse encima el cargo de procurar a los conciudadanos lo que necesiten; y que, mientras a uno en privado se le quedan sin cumplir tantos deseos, estando en cambio al frente del Estado, como no realice uno todo cuanto el Estado quiera, tenga que rendir por ello cuentas, ¿cómo no va a ser eso insensatez insigne?» 9. Porque es que las naciones pretenden servirse de los que las mandan como yo de mis esclavos: que, así como tengo yo por bueno que los criados me abastezcan de recursos sin cuento, pero que ellos no toquen de eso para nada, así también las naciones piensan que deben los dirigentes procurarles todos los posibles beneficios, pero de todos ellos abstenerse. Así que yo a los que quieran crearse muchas preocupaciones y creárselas a los demás de ese modo los educaría y los alistaría entre los hombres de gobierno; pero lo que es yo me alisto, desde luego, entre los que quieren ir viviendo lo más fácil y lo más placenteramente.» 10. Conque le dijo Sócrates: «¿Quieres, pues, que examinemos también eso, si viven más placenteramente los que gobiernan o los gobernados?» «Pues, sí, con mucho gusto», dijo él. «Pues bien, en primer lugar, de los pueblos que conocemos, en el Asia son los persas los que mandan<sup>40</sup>, y bajo su mando están los

40. De propósito se citan entre los pueblos sometidos al imperio persa aquellos que eran más conocidos suministradores de cabezas de

sirios y los frigios y los lidios; en Europa mandan los escitas y los meocios están bajo su mando: en la Libia, en fin, los cartagineses mandan, y bajo su mando están los libios. De entre los unos y los otros pues, ¿cuáles crees que viven más placenteramente? O si no, de entre los griegos, entre los que tú te cuentas, ¿cuáles te parece que más placenteramente viven: los que ejercen un dominio o los que están por ellos dominados?» 11. «Bien, pero es que claro está que yo —dijo Aristipo— no me apunto tampoco para la esclavitud, sino que me parece que hay entre éstos como un camino medio, que es por el que intento yo guiar mis pasos, sin pasar ni por el mando ni por la servidumbre, sino por la libertad, que es la que más a la felicidad derecha lleva.» 12. «¡Ah, ya! —dijo Sócrates—: sí, lo mismo que el camino ese no pasa ni por el mando ni por la servidumbre, así tampoco pasa por entre los hombres, puede que tengas razón en eso; pero si es que, estando entre los hombres, no tienes a bien mandar ni ser mandado ni tampoco rendir a los que mandan pleitesía, bien sé que habrás de ver cómo los fuertes saben medios para, haciéndoles a los débiles mascar su pena, así en las relaciones entre pueblos como entre personas, servirse de ellos como esclavos.» 13. ¿O es que no tienes tú noticia de aquellos que, cuando otros han sembrado y han plantado, se dedican a arrasar los trigos y a talarles los plantales y a asediar por todas las maneras a los débiles que se negaban a servirles, hasta el punto de que los persuadan a querer mejor hacerse esclavos que tener guerra con los poderosos? Y asimismo entre personas, los valientes y poderosos, ¿no sabes cómo someten a servidumbre a los cobardes y desvalidos y se aprovechan de ellos?» «Bien, pues es que precisamente —contestó él—, para no pasar por eso, tampoco me encierro en comunidad alguna, sino que soy en todas partes forastero.» 14. Conque Sócrates le dijo: «¡Buen truco de todos modos ese que me cuentas que te has buscado!: pues cierto es que a los forasteros, desde que murieron Escirón y Sinis y Procustes<sup>41</sup>, nadie ya les hace daño. Bien, pues

siervos. Los meocios son los pueblos vecinos de la laguna Meótide o Mar de Azof, dominados, como toda la costa norte del Mar Negro, por el creciente poderío de los escitas. «Libios» designa a los pueblos indígenas de África del Norte, especialmente los nómadas, sometidos al dominio púnico.

41. Sinis, Escirón y Procustes son los tres bandidos de legendaria crueldad con los que terminó Teseo (v. Plutarco, *Teseo*, 8, 10 y 11).

hete aquí que los que viven como ciudadanos en sus patrias se protegen con leyes, para no estar expuestos a las injurias, y aun se buscan, aparte de los que les están unidos por los lazos que se dicen de la sangre, otros más amigos para su defensa, y asimismo las ciudades las cercan de murallas y se procuran armas con que responder a quienes les infieren daño, y encima de todo eso se hacen todavía con aliados en otras tierras; y es así que ellos, aun contando con todo eso, reciben, sin embargo, ofensas; 15. mientras que tú en cambio, sin tener nada de todo eso, sino pasando tanto tiempo en los caminos, que es donde más está uno expuesto a los ataques, y encontrándote, a cualquiera ciudad que llegues, en condición inferior a los ciudadanos y en la situación que más puede ofrecerte como blanco de los que quieran hacer mal, con todo eso por aquello de ser forastero, ¿piensas que no puedes recibir ofensa alguna? ¿Será porque los estados te dan bando de garantía y salvaguardia al entrar en ellos y al marcharte por lo que estás tan confiado? ¿O será porque aun tomado como esclavo piensas que eres tal que no le valdrías la pena a ningún amo? Sí, porque, ¿qué hombre puede querer tener en casa a uno que trabajar no quiere en modo alguno y que disfruta sólo con el régimen de vida más costoso? 16. Y vamos a fijarnos también en eso, en cómo tratan los señores a los criados de esa condición: ¿no es verdad que la lujuria de los tales se la temperan a fuerza de hambre? ¿Que para impedirles de robar les cierran con llave el sitio de donde puedan coger algo? ¿Que de fugarse los desaniman por medio de cadenas? ¿Que su pereza con el látigo la fuerzan y corrigen? O si no, ¿cómo haces tú cada vez que te das cuenta de que es de esa condición alguno de tus criados?» 17. «Lo castigó —contestó— con todos los maltratos, hasta que lo fuerzo a portarse como esclavo. Pero, vamos a ver, Sócrates: los que se educan para el arte de la soberanía, que tú me parece que por igual lo tienes a la felicidad, ¿en qué se diferencian de los que pasan sufrimientos por la fuerza, desde el momento que han de pasar hambre y sed y pasar frío y dormir mal y padecer por su voluntad todos los demás tormentos? Pues lo que es yo, no sé la diferencia que hay entre recibir azote, siendo el pellejo el mismo, voluntariamente o contra voluntad ni, en una palabra, con el mismo cuerpo ser de voluntad o en contra de ella por tales martirios como todos éstos hostigado: ¿qué otra cosa sino un añadimiento de insensatez en el que quiere someterse a los sufrimientos?» 18. «Pero, ¿cómo, Aristipo? —le dijo Sócrates—: ¿no

te parece que entre padecimientos como esos difieren los voluntarios de los forzosos en que aquel que por su voluntad está pasando hambre puede comer siempre que quiera y el que pasa sed beber y así en los demás casos, mientras que al que sufre por fuerza tales penas no le es dado cesar, cuando lo quiera, en ellas? A más que el que voluntariamente pena sobre esperanza buena se reconforta en medio de sus penalidades, así como los que andan a la cacería con la esperanza de lograr la presa dulcemente se fatigan. 19. Y aun a bien que premios de las penas como éstos de poco precio son en suma; mas los que penan a fin de conseguirse amigos buenos o para reducir a sus enemigos o para poder, una vez ya fuertes de sus cuerpos, así como de sus ánimas, gobernar bien la propia casa y prestar ayuda a los amigos y ser útiles a la patria, ¿cómo no va a creer uno que los tales se fatigan dulcemente en tales penas y que viven reconfortados, contentos ellos consigo mismos, alabados y envidiados por los otros? 20. Y más aún, que la felicidad de vida y los placeres a la mano ni bastan a producir bienestar al cuerpo, según advierten los maestros de ejercicios, ni al espíritu aportan conocimiento alguno que le valga, mientras que en cambio los ejercicios llevados con firmeza nos hacen alcanzar hasta las nobles y útiles acciones, como los hombres de pro aseguran. Que dice en algún sitio, por ejemplo, Hesíodo:

*Si, que vileza y mal dado es cogerla a montones  
muy sin pesar: bien liso el camino, y vive muy*

*[cerca.*

*Mas a virtud sudor le pusieron los dioses delante  
no morideros: y larga y muy pina hasta ella la senda  
y áspera al empezar; mas ya que a la cumbre se*

*[llega,*

*muy sin pesar se anda después, por dura que sea.*

Y testimonio da también Epicarmo en este verso:

*Por fatiga nos lo venden las deidades todo bien;*

que también en otro lugar dice:

*Infeliz, no busques mieles, no te encuentres amar-  
[gor<sup>42</sup>.*

42. Los versos de Hesíodo son de *Trabajos y Días*, 287-292.

21. Y aun Pródico<sup>43</sup> el sabio en la composición en torno a Heracles, que resulta ser la que a más oyentes les recita, del mismo modo se expresa acerca de la virtud, contando más o menos lo siguiente, a lo que yo me acuerdo. Que es que dice que Heracles, cuando estaba en el trance de saltar de la niñez a la juventud, edad en que los muchachos, al irse haciendo independientes, dan ya muestras de si han de tirar para su vida por el camino de la virtud o si por el del mal, habiendo venido a dar a un lugar tranquilo, se sentó allí sumido en dudas de por cuál de los dos caminos tiraría. 22. Y que se le aparecieron dos mujeres acercándose a él muy altas, la una de gentil ver y con aire de bien nacida, de su cuerpo engalanada de pureza, de sus ojos de pudor, de su andar y figura de templanza, con vestidura blanca, y la otra puesta por crianza y trato en ser llena de carnes y de molleza, embellecida la color, como más blanca pareciera verse y más bermeja de lo que era, y su figura, como más esbelta que de natura pareciera ser; y que los ojos los tenía de par en par abiertos, y la vestidura del tejido que mejor por él se trasluciera la flor de su gentileza; y que a cada paso se miraba y se remiraba, sin dejar de atender a ver si algún otro la estaba contemplando, y muchas veces hasta a su propia sombra echaba una mirada. 23. Y una vez que hubieron llegado de Heracles bastante cerca, que la primeramente descrita seguía andando del mismo modo, mientras se adelantó la otra, ansiosa de encontrarse con Heracles, y que le dijo: «Veo que estás, Heracles, metido en esa duda de por qué camino debas tirar para tu vida; pues mira: si ello es tomándome a mí por amiga tuya, guiarte he por el camino más placentero y el más fácil, y no te quedarás sin probar ninguno de los placeres, mientras que pasarás la vida sin saber de dificultades. 24. Pues

Los dos versos trocaicos son de Epicarmo de Cos, el gran poeta y pitagórico que a mediados del siglo V hizo florecer la comedia siciliana en Siracusa y del que tenemos fragmentos abundantes.

43. A una obra de Pródico de Ceos, uno de los grandes sofistas, titulada *Alabanza de Hércules*, en la que podía figurar este mito, se alude en el *Simposio* de Platón, 177 b. El mito, por otra parte, que aquí Jenofonte tiene la habilidad de dejar a Sócrates referir reproduciendo y aun parodiando el estilo bombástico y afectado de la retórica sofística, fue, sin embargo, recogido con toda seriedad (ya en Cicerón, *De los deberes*, I, 32, 118), imitado y parafraseado en las edades posteriores (v., por ejemplo, el sueño de la *femmina balba* y la *donna santa* en Dante, *Purg.*, XIX, 7-33).

lo primero, que no cavilarás en guerras ni en negocios, sino que irás mirando al paso qué cosa puedas hallar bien grata de comida o de bebida o con qué cosas que veas o con cuáles que oigas puedas deleitarte o de cuáles otras oliéndolas o palpándolas gozar puedas, en qué amoríos puedas hallar juegos y platos más placenteros y cómo puedas yacer en el lecho más blando y cómo con el menos trabajo verte con todos esos bienes. 25. Mas, por si te entra sospecha por ventura sobre el gasto y los ingresos de que todo eso habrá de hacerse, no hay miedo de que te lleve yo al extremo de procurártelos trabajando y asendereado de tu cuerpo y de tu alma, sino que de aquello que otros logren por su esfuerzo, de eso será de lo que tú te sirvas, sin apartarte de ningún medio por el que posible sea sacar algún provecho. Pues para aprovecharse de cuanto les rodea les doy licencia y ocasión a los que van conmigo.» 26. Conque Heracles, en habiendo oído esto: «Y di, señora —díjole—, ¿cómo es tu nombre?» A lo que ella contestó: «Mis amigos —dijo— llámanme Felicidad, mas los que me odian por apodo Maldad me dicen.» 27. Conque en esto la otra mujer, habiendo ya llegado cerca, dijo: «También yo acudo a tu lado, Heracles, sabedora de los padres que son los tuyos y habiendo en los años de educación observado tu natural; sobre lo cual se funda mi esperanza de que, si tiras por camino que a mí lleva, de seguro que podrás ser cumplido ejecutor de las nobles y gloriosas obras y que yo podré lucir muy más honrada todavía y en mis bienes más clara para todos. Pero no voy a engañarte con preludios de placer, sino que, según los dioses han dispuesto las cosas realmente, así voy a explicártelo con la verdad por compañía. 28. Pues es ello que las cosas que son buenas y nobles y hermosas realmente ninguna sin trabajo y preocupación les dan los dioses a los hombres; no, sino que ya si quieres que los dioses estén benignos para contigo, a los dioses hay que servir y honrar; bien si deseas ser agasajado por los amigos, a los amigos hay que hacerles bien; ya si por alguna ciudad anhelas ser honrado, hay que prestar a esa ciudad ayuda; si de la Grecia entera aspiras a ser por tus virtudes admirado, algún bien a la Grecia hay que intentar hacerle, o bien si quieres que una tierra frutos te venga a rendir sin tasa, a la tierra hay que atenderla; bien si tienes por bueno enriquecerte con ganados, de los ganados hay que preocuparse; bien si te lanzas a hacerte grande por la guerra y quieres tener poder de liberar a tus amigos y a tus enemigos de someterlos, las guerreras artes hay lo primero que aprenderlas de los que

son en ellas entendidos y ejercitarse luego en la manera de valerse de ellas; y aun también si de tu cuerpo quieres ser robusto y poderoso, al buen juicio hay que acostumbrar al cuerpo a someterse y ejercitarlo con sudor y con trabajos.» 29. Conque la Maldad, tomando la palabra, dijo, según Pródico cuenta: «¿Te das cuenta, Heracles, de qué camino tan áspero y tan largo para las alegrías te describe la señora? Yo, en cambio, por el camino más fácil y más corto te llevaré a la felicidad.» 30. Y la Virtud repuso: «Ah mísera, y ¿qué bien es ese que tú tienes? O ¿qué sabes de placer tú que nada estás dispuesta a hacer para alcanzarlos? Tú, que ni siquiera aguardas al deseo de las cosas placenteras, sino que antes de apetercerlas te hartas de todas ellas, comiendo antes de tener hambre y bebiendo antes de tener sed, teniendo, para comer agradablemente, que contratarte cocineros, y que, para beber con agrado, tienes que proveerte de los vinos más costosos, y en el verano andar buscando por todas partes nieve, y que, para dormir agradablemente, tienes que procurarte no ya ropas de cama bien mullidas, sino aun jergones y armaduras para los jergones<sup>44</sup>; pues es ello que no es a fuerza de trabajar, sino a fuerza de nada tener que hacer, como vienes a desear el sueño; y los placeres amorosos, adelantándote a la necesidad, los fuerzas con toda suerte de manejos y usando de los hombres a guisa de mujeres, que así es como educas y ejercitas a tus amigos: por la noche vejándolos y asendereándolos y las mejores horas del día teniéndoles adormecidos. 31. Conque, siendo tú inmortal, estás de entre los dioses expulsada y por los hombres de pro menospreciada, y de la cosa más dulce de oír de todas, de la alabanza de una misma, estás privada y sorda, así como privada y ciega de la cosa más dulce de ver de todas, pues jamás has contemplado una obra bien hecha de ti misma. Y ¿quién a tus palabras irá a prestarle fe ninguna? Y ¿quién te irá a socorrer con nada de lo que pidas? O ¿quién que esté en su sano juicio se atreverá a meterse en tu cofradía?, la de aquellos que de jóvenes son flojos de sus cuerpos, y cuando se hacen viejos, necios de sus entendimientos; que apartados de esfuerzo, se crían, sí, gordos y lucios a lo largo de su

44. *Jergones y armaduras para los jergones*: la cama normal era en el suelo o sobre un poyo o armazón, de modo que el único mullido fuera el de las ropas; aquí se alude, pues, a alguna especie de dispositivo elástico debajo de ellas, y algunos piensan incluso que con lo de *armaduras* se refiere a algún soporte que permitiera el mecimiento.

juventud, pero con esfuerzo van pasando por la vejez marchitos, cargados de vergüenza de sus pasadas acciones y con las presentes apesadumbrados, que pasaron por los placeres en su juventud a la carrera y reservaron para la vejez las amarguras. 32. Yo, en cambio, estoy entre los dioses y entre los hombres de bien estoy, y obra hermosa y noble ninguna, ni divina ni humana, llega a hacerse sin mí. Y así soy honrada por encima de todos, así entre los dioses como entre los hombres a los que tal conviene, bien-amada compañera de trabajo para los artesanos, leal guardiana de las casas para los señores y benévola asistidora de los sirvientes, colaboradora buena de los trabajos de la paz, de las obras de la guerra, aliada constante y la mejor acompañante de amistad y amor. 33. Y en verdad que a mis amigos bien les es dulce y apacible de los manjares el disfrute y de las bebidas, pues de ellos se contienen hasta que les entra deseo de ellos. Cuanto al sueño, más dulce se les ofrece que a los holgazanes, y ni al abandonarlo se apesadumbran ni por culpa de él descuidan de hacer lo que se deba. Y, además, los jóvenes se gozan con las alabanzas de los mayores y los viejos se complacen en las honras de los jóvenes; y si con gozo de las acciones de antaño se recuerdan, las presentes en hacerlas bien se gozan, por obra mía con los dioses amigos, agasajados de sus amigos, honrados por sus patrias. Y cuando les llega el fin que les está fijado, no en el olvido yacen y de honor desnudos, sino en gracia de memoria florecen para todo tiempo celebrados en canciones. De esta manera, a ti, hijo de padres de tal pro, Heracles, dado te es, por medio del esfuerzo y el trabajo, tener por tuya la más bienaventurada felicidad.» 34. «Así es, más o menos, como desarrolla Pródico la educación de Heracles por la Virtud, si bien es cierto que ha aderezado los conceptos con fraseo todavía más significativo que yo ahora. Así que en cuanto a ti, Aristipo, vale bien la pena que, meditando en esos puntos, vayas tratando de atender también en algo a lo tocante al tiempo venidero de tu vida.»

*CAPÍTULO II.1.* Y habiéndose enterado cierta vez de cómo Lámprocles<sup>45</sup>, el mayor que era de sus hijos, encontrábase eno-

45. De este Lámprocles, el mayor de sus tres hijos, se habla en la *Apología* de Platón (34 d) como de un adolescente, donde se muestra que el matrimonio de Sócrates debió de ser muy tardío. El mal genio de Jantipa, que se haría legendario y ejemplar (v., por

jado con la madre: «Dime, muchacho—así le habló—, ¿sabes de algunos hombres que hay que se llaman desagradecidos?». «Claro que sé», repuso el jovencuelo. «¿Tienes, pues, noticia de a qué hombres y en virtud de qué comportamiento suyo les aplican ese nombre?» «La tengo —respondió—; que a los que han recibido algún favor, cuando, pudiendo tal favor pagarlo, no lo pagan, los llaman desagradecidos.» «Bien, y ¿te parece a ti que a los desagradecidos se les cuenta entre los injustos?» «Así me parece», dijo. 2. «Y ¿se te ha ocurrido alguna vez considerar si, en en suma, así como el reducir a esclavitud a uno se tiene por injusto si es con los amigos, pero con los enemigos como justo, también el ser desagradecido es injusto, sí, para con los amigos, y, en cambio, con los enemigos justo?». «Y bien que lo he considerado —dijo—, y me parece que si a cualquiera de quien uno ha recibido algún favor no trata de agradecerse, uno es injusto.» 3. «Por tanto, si es que así es ello, injusticia pura y clara tendrá que ser el desagradecimiento.» Se mostraba de acuerdo en ello. «Y, por tanto, cuanto mayores sean los favores que uno ha recibido sin agradecerlos, tanto más habrá de ser injusto.» Asintió también a esto. «¿Quiénes, pues —dijo él—, podemos encontrar que de nadie tengan mayores beneficios recibidos que los hijos de sus padres? Que los padres, de no ser, lo primero, los trajeron a ser y a ver luego todas esas hermosuras y a participar en todos esos bienes que los dioses ofrecen a los hombres; bienes que, por decirlo de una vez, a tal punto nos parece que valen cualquier precio que todos nos resistimos a abandonarlos más que nada en el mundo; y los estados, como pena para los crímenes mayores, tienen la muerte establecida, como en la idea de que no habría mal mayor alguno con cuyo temor poner fin al delito. 4. Y por cierto que tú no crees que sea por mor de los placeres por lo que los hombres engendran hijos, cuando lo que es eso, llenos de medios de satisfacerlo los caminos están, llenas las casas. Y bien se ve también que consideramos

ejemplo, la biografía de Diógenes Laercio), lo encontramos ya mencionado en el *Simposio* de Jenofonte, II, 10 (v. *Simp.*, nota 14). No se olvide que Sócrates, con la vida callejera que llevaba y sin ocuparse de acrecentar caudal para sus hijos (contra lo que se dice en 5), no era la persona más adecuada para una homilía como ésta, la cual, sin duda, habrá que atribuir en parte al deseo de Jenofonte de excusarlo de la acusación de hacer perder a los jóvenes el respeto por los padres, de que ya hemos visto en el I, II, 49-55 (v. *Rec.*, nota 20).

de qué clase de mujeres nos podrán salir los mejores hijos, con las cuales, uniéndonos, procedemos a crearnos nuestra prole. 5. Y, por supuesto, el hombre, por su parte, a la que con él ha de crearla la sustenta y para los hijos que hayan de venir va preparando cuantas cosas cree que pueden venirles bien para la vida, y de éstas en abundancia cuanta más puede; y en cuanto a la mujer, después de haber concebido, lleva la carga esa, apesadumbrada y con peligro de su vida y dando a compartir el alimento mismo con que ella se sustenta; y después de llevarlo con gran fatiga hasta su término y de haber parido, lo alimenta y de él se cuida, sin haber por adelantado recibido bien alguno y no reconociendo el crío a aquella de que bien recibe ni pudiendo dar señal de lo que necesita, sino que es ella la que, conjeturando lo que puede venirle bien y darle más cumplido agrado, trata de satisfacerle y lo va criando por largo tiempo, sometiéndose a pasar trabajos, así de día como de noche, sin saber qué agradecimiento va a cobrar de todo ello. 6. Y aun no basta ya con el criarlo, que además, una vez que les parece que están los hijos en disposición de ir aprendiendo algo, lo que tienen ellos de bueno para la vida los padres se lo enseñan, y para lo que creen que hay otro más capacitado para enseñárselo, junto a él lo mandan con pago de las costas, y se cuidan, en fin, por todas las maneras de que vengan los hijos a salirles lo mejores que puedan ser.» 7. A esto respondió el muchacho: «Sí; pero la verdad es que, aunque sea cierto que ha hecho todo eso y cien veces más que eso, no puede haber nadie que aguante su mal genio.» Conque Sócrates: «Y ¿cuál crees —le dijo— que es más difícil de sufrir, la aspereza y furia de una bestia o la de una madre?» «Pues yo creo —dijo— que la de una madre, por lo menos como ésta.» «¿Ha habido, pues, alguna vez que de un muerdo te haya hecho daño o de una coz, como a muchos les ha pasado por obra de animales?» 8. «Pero es que, por fe mía —contestó—, dice unas cosas como no querría escucharlas uno ni por la vida entera.» «Pero y tú a ella —dijo Sócrates—, ¿cuántas molestias inaguantables no crees que le has proporcionado dándole guerra desde pequeño día y noche, lo mismo con la voz que con los hechos, y cuántas penas que le has dado estando enfermo?» «Pero jamás tampoco —dijo— ni le he dicho ni le he hecho nada por lo que tuviera que sentir afrenta.» 9. «Y ¿qué?; ¿es que crees —le dijo— que es para ti más duro de escuchar lo que te dice ella que para los actores cuando en las tragedias unos a otros se dicen los peores insultos?» «Bueno, pero

es que, creo yo, como no piensan que, según hablan, ni el que está echando culpas esté culpando para imponer el castigo luego, ni el que amenaza amenazando esté para hacer de veras algún mal, así lo sobrellevan fácilmente.» «Pues y tú, sabiendo bien que lo que te dice a ti tu madre no sólo no te lo dice con mala intención alguna, sino aun queriendo que mejor sea para ti todo que para nadie en el mundo, ¿enójaste por ello? O ¿es que crees que tiene mala intención tu madre para contigo?» «No, vamos —dijo—; eso, desde luego, no lo creo.» 10. Conque Sócrates: «Así que entonces —dijo— esa mujer, que te quiere bien y que se cuida de ti lo mejor que puede cuando estás enfermo para que te cures y para que no te falte nada de lo necesario, y que además hace a los dioses por tu bien tantas operaciones y por ti cumple las promesas que les hace, ¿dices tú que es de mal genio? Por mi parte pienso que si no puedes soportar una madre como ésa es que no puedes soportar los bienes.» 11. Y dime —añadió—: ¿crees o no que haya alguna otra persona a la que se deba servir y honrar? O ¿es que estás dispuesto a no tratar de complacer a ninguno de los hombres ni de obedecerle, así sea jefe del ejército o cualquier otro gobernante?» «Por mi fe, ¡qué voy a estarlo!», respondió. 12. «Así que —dijo Sócrates— también a tu vecino quieres complacerlo, a fin de que te dé fuego para encender la lumbre cuando haga falta y que venga a participar contigo de los momentos buenos y, caso de que algo te pase o te salga mal, de buena voluntad te preste ayuda desde cerca.» «Sí que quiero», dijo. «Y ¿qué?: yendo con uno de camino o bien en barco, o si en otro caso te encuentras con alguno, ¿no se te daría nada de que venga a estar contigo amigo o enemistado, o crees que también de la buena voluntad de tales como éstos debe uno cuidarse?» «Así lo creo», dijo. 13. «Y entonces de éstos sí que estás dispuesto a preocuparte y a tu madre, en cambio, que es la que de todos más te quiere, no crees que se la deba servir y honrar. ¿No sabes que hasta el estado, que de otra forma de ingratitud ninguna se ocupa ni la enjuicia, sino que se desentiende de los que, recibiendo algún favor, no pagan agradecimiento, pero, en cambio, cuando uno no da a los padres respeto y honra, a ése sí le inflige pena y, declarándolo indigno, no le permite ocupar puesto de gobierno, como en la idea de que ni los oficios religiosos habrían de ser en gracia celebrados siendo él el que oficiara en nombre del estado ni asunto ninguno otro llevarse a cabo con honor y con justicia siendo él quien lo llevara? Y aun a fe también que si no atiende y cuida

uno las sepulturas de sus padres fallecidos, también eso investigalo el estado en los exámenes de candidatos a los puestos de gobierno<sup>46</sup>. 14. Conque tú, muchacho, si quieres ser sensato, rogarás a los dioses que te concedan su perdón por lo que hayas podido faltar contra tu madre, no sea que también ellos, teniéndote por desagradecido, no quieran hacerte bien; y con los hombres ten cuidado, no se enteren de que les faltas a los padres, te retiren todos su consideración y, al fin, de amigos vengas a quedar desierto, pues si sospecharan que eres para con tus padres desagradecido, ninguno podría creer que de hacerte bien podría recibir algún agradecimiento.»

*CAPITULO III.1.* Pues de Querofonte otra vez y de Querócrates<sup>47</sup>, hermanos que eran y conocidos de él entrambos, habiéndose enterado de que tenían entre sí querrela, una vez que vio a Querócrates. «Óyeme, Querócrates —le dijo—, no vendrá a resultar que eres tú también de aquellos que tienen por cosa de más valor haciendas y dinero que no hermanos, y eso siendo aquéllas cosas sin sentido y ésta, en cambio, dotada de entendimiento, aquéllas necesitadas de atención y ayuda y ésta con poder para ayudar, y encima todavía siendo ellas en cantidad, pero él tan sólo uno. 2. Y cosa extraña también eso de que uno considere a los hermanos una carga por el hecho de que no puede poseer también lo de sus hermanos, mientras que no considera carga a los conciudadanos por no poder tener las posesiones de sus conciudadanos; no, pues, sino que aquí sí pueden razonar que mejor es, con muchos conviviendo, tener en seguridad lo que bastante sea, que no, pasando la vida solo, poseer peligrosamente todos los bienes de los ciudadanos, y, en cambio, en lo tocante a los hermanos, no reconocen eso mismo. 3. Y aun criados, los que pueden, se los compran para tener ayuda en sus trabajos, y se hacen con amigos como que tienen necesidad de amparo, y,

46. Faltas contra los padres, como violencias o negarles el sustento, eran, en efecto, castigadas con la *atimia* o privación de los derechos de ciudadano. El examen de candidatos o *dokimasía*, que debían pasar tanto los elegidos como los nombrados por sorteo, incluía la investigación de la conducta privada y los antecedentes familiares.

47. A Querócrates y Querefonte los hemos visto en I, II, 48 (v. nota 19). Éste es el que recibe el oráculo (v. *Apol.*, 14) de que Sócrates es el más sabio de los hombres.

en cambio, de los hermanos se desentienden, así como si de común ciudadanía se criara amistad, pero de hermandad no se criara.

4. Mas lo cierto es que para amor gran fundamento es el haber nacido de los mismos y grande el haberse criado juntamente, pues que aun a las bestias éntranlas un cierto cariño y ansia de los que con ellas se han criado; y sobre estas razones es también bien cierto que los otros honran y respetan más a los que tienen hermanos que a los que no los tienen, y se atreven menos contra ellos.»

5. A lo cual replicó Querécates: «Pero bien, Sócrates, cuando la causa de las diferencias no sea tan grave, acaso habrá que sobre llevar a un hermano y no entrar en querrela por culpa de menudencias, pues una bendición es, como tú dices, un hermano que es como debe ser; mas en verdad, cuando no haya nada de eso y sea todo lo contrario, ¿quién se puede meter a intentar cosas imposibles?»

6. Conque Sócrates le dijo: «Y ¿cómo, Querécates?: ¿es que no consigues darle a nadie gusto Querofonte, como a ti te lo da, o hay personas a las que se lo da, y aun cumplidamente?» «Pues por eso justamente, Sócrates —respondió—, es por lo que tengo razón para odiarle; porque a otros sí que puede darles gusto, y para mí, en cambio, dondequiera que conmigo se halla, por sus hechos lo mismo que por sus dichos, más bien un castigo me es que no una ayuda.»

7. «¿Será entonces —dijo Sócrates— igual que con un caballo, que al que no lo entiende y trata de servirse de él le sirve de castigo, lo mismo con un hermano, que, cuando intente uno tratar con él sin entenderlo, de castigo así le sirva?»

8. «Y ¿cómo puede ser que yo —dijo Querécates— no entienda en cómo tratar con un hermano, entendiéndolo como entiendo en responder bien a quien me habla y en hacer bien a quien bien me hace? Pero, claro está, que al que de obra y de palabra está intentando molestarme no podré nunca hablarle ni tratarlo bien, y, en fin, que ni lo voy a intentar tampoco.»

9. A lo que Sócrates le dijo: «De cierto que me asombra, Querécates, lo que me dices de que tú, que si tuvieras un perro para tus rebaños que fuera leal y a los pastores los festejara, pero contigo, al acercarte por allá, se enfureciera, sin hacerse caso de su furia habrías, sin duda, intentado hacerle gracias para amansarlo, con tu hermano, en cambio, que dices que sería gran bendición, de ser para contigo como debiera, y admitiendo tú que entiendes de hacer bien y de bien hablar, no tratas de inventar algún procedimiento de que sea para ti lo mejor posible.»

10. Conque Querécates: «Mucho me temo, Sócrates —le dijo—,

que no tenga yo tanta sabiduría como para hacer a Querofonte ser para conmigo como debe.» «Y, sin embargo, la verdad es que no es nada complicado —dijo Sócrates— ni extraordinario lo que hay, a lo que creo, que inventar con él, sino que con los medios que tú mismo conoces pienso que se le puede cautivar y hacer que te estime en mucho.»

11. «No sé qué esperas —dijo— a comunicarme el filtro y encantamiento que te hayas enterado de que yo conozco sin haberme dado de ello la menor cuenta.» «Vamos a ver de una vez —le dijo—: si a uno de tus conocidos quieres obligarle a que cuando haga fiesta te llame a su convite, ¿qué es lo que tendrás que hacer?» «Está claro que tendré que empezar yo, cuando haga fiesta, por convidarlo a él»<sup>48</sup>.

12. «Y si quieres convencer a alguno de los amigos para que cuando estés de viaje se cuide de tus asuntos, ¿qué tendrás que hacer?» «Es claro que tendré que ser el primero en encargarme de atender a sus asuntos cuando él esté de viaje.»

13. «Y si quieres conseguir de un forastero que te hospede<sup>49</sup> cuando vayas a su ciudad, ¿qué es lo que tendrás que hacer?» «Está también bien claro que tendré que hospedarlo yo primero cuando venga a Atenas; y, por supuesto, que si quiero que se mueva para arreglarme los asuntos por los que allí vaya, está claro que también eso tendré que hacerlo antes yo por él.»

14. «Así que estabas tú todo ese rato disimulando que conocías todos los encantamientos que hay entre los hombres; o ¿es que tienes reparo en empezar —le dijo—, no sea que te sea de desdoro que seas el primero en hacer a tu hermano bien? Pues, sin embargo, es lo cierto que se considera merecedor de las mayores alabanzas el hombre que sabe adelantarse a hacer a los enemigos daño y a hacer favor a los amigos. Así es que si me pareciera Querofonte más propio que tú para abrir el camino de esta amistad, a él intentaría convencerlo de ser primero en intentar el amigarte a ti con él; pero, según son las cosas, me parece que, abriendo tú la marcha, mejor puedes conseguirlo.»

15. Conque Querécates le dijo: «Cosa sorprendente lo que me dices, Sócrates, y lo que menos podía de ti esperarse: que me ani-

48. Convidar al banquete que solía seguir al sacrificio doméstico aparece también como muestra de intimidad en IX.4.

49. ... de un forastero que te hospede: se trata de hacerse mutuamente ξένοι, establecer el vínculo de hospitalidad, que fue entre los pueblos antiguos una de las instituciones esenciales para la comunicación entre los pueblos.

mas a que sea yo, siendo el menor, quien abra marcha, y, sin embargo, es todo lo contrario de eso lo que suele opinar toda la gente: que es que sea el mayor quien comience y dirija cualquier empresa y cualquier conversación.» 16. «¿Cómo? —dijo Sócrates—; pues ¿no se opina en todas partes que en la calle le ceda el paso el más joven al más viejo cuando con él se encuentre, y que, si está sentado, le ceda el asiento, y que le honre con cama confortable, y que ceda ante él en la conversación? Pues, hombre, no vaciles más —le dijo— y trata de ir amansando a nuestro amigo; que, además, muy luego habrá de ser que contigo condescienda. ¿No ves tú cómo es de bien dispuesto y de generoso? Pues a esos hombrecillos de poco más o menos puede ser que no de otro modo te los puedas ganar más que dándoles algo; pero a los hombres de bien nada mejor que tratarlos amablemente para poder ganártelos.» 17. Conque dijo Querécates: «Entonces, ¿si sucede que, aun haciendo yo eso, él no mejora nada?» «Pues, ¿qué más va a pasar —dijo Sócrates— sino que correrás el albur de tener que demostrar que tú eres un hombre de bien y un buen hermano, mientras que él es hombre vil y no merece favor alguno? Pero no creo que suceda nada de eso, pues sospecho que, en cuanto él se dé cuenta de que lo estás desafiando a tal competición, no le dejará parar el espíritu de emulación hasta conseguir vencerte en hacer bien de obras y de palabra.» 18. Porque es que lo que es ahora —dijo— en tal situación os encontráis como si las dos manos, que la divinidad formó en condición de una a otra prestarse ayuda, olvidándose de ello, se dedicaran a estorbarse una a otra, o si los dos pies, por divina intervención aparejados para colaborar el uno con el otro, descuidándose de ello, se pusieran el uno al otro zancadillas. 19. ¿No sería necesidad grande y gran desgracia servirse para daño de las cosas que están hechas para ayuda? Pues en verdad que a una pareja de hermanos la ha formado la divinidad, en mi sentir, para mayor ayuda del uno al otro que las dos manos, y los dos pies, y los dos ojos, y cuantas otras partes hizo hermanas en el cuerpo de los hombres. Pues las manos, si tuvieran que habérselas a un tiempo con trabajos distantes entre sí más de una braza<sup>50</sup>, no podrían; y los pies ni aun pueden dirigirse a la par a dos puntos que disten entre sí una braza; y los ojos, que son los que parece que más lejos

50. Traducimos por «braza» ὀργυρία, medida equivalente a 1,776 metros.

alcanzan, ni siquiera de varias cosas que entre sí estén más cerca todavía pueden a la par ver las de delante y las de detrás; pero dos hermanos que estén en amistad, por muy alejados que se encuentren, obran a la par y para ayuda del otro cada uno.»

*CAPITULO IV.1.* Y le oí una vez también acerca de amigos conversando, conversación de la que me parecía que podía sacar uno el mayor provecho para ganar amigos y valerse de ellos. Pues, en fin, lo que es decir, contaba él que había oído decir a muchos que de todas las posesiones era la más valiosa un amigo claro y bueno; mas en cuanto a poner cuidado en ello, decía que la mayoría de los hombres veía él que de cualquier asunto se cuidaban más que de ganar amigos. 2. Pues lo mismo casas que campos que esclavos que ganados y muebles decía él que los veía procurárselos afanosamente y cómo trataban de conservar los que tenían; pero un amigo, que es el mayor bien que dicen que hay, decía que la mayoría no veía él que se preocuparan ni de cómo ganárselo ni de cómo conservar los que tenían. 3. Cómo, que incluso, en caso de encontrarse enfermos amigos y criados, decía que veía a algunos que a los criados les traían médicos y les preparaban afanosamente los demás medios procedentes a su salud, mientras que de los amigos se desentendían, y que, en caso de haber muerto unos y otros, sobre los criados se condolían y lo tomaban como gran perjuicio, en tanto que con los amigos no creían que sufrieran ninguna mengua; y que, en fin, mientras de las demás posesiones no dejaban nada sin atención y vigilancia, de los amigos, que más necesitaban de cuidado, se olvidaban. 4. Y todavía más, que dijo que los más de los hombres veía él que de las otras posesiones, por muchas que tuvieran, sabían bien la cuenta y número; pero que de los amigos, siendo tan pocos, no sólo su número no lo conocían, sino que, al tratar de hacer una lista a los que sobre ese punto les preguntaran, algunos que habían puesto entre los amigos luego se volvían a borrarlos, que tanto era lo que de sus amigos se preocupaban. 5. Y, sin embargo, ¿con qué hacienda de las otras podía un buen amigo compararse que no la aventajara en mucho? Pues ¿qué tan buen caballo o qué tan buena yunta tan útil como el amigo noble y servicial? Y ¿cuál esclavo de tan buena voluntad y de tal constancia? O ¿cuál otra posesión tan de todo en todo beneficiosa? 6. Pues el buen amigo pónese él a disposición para todo lo que al amigo falte, así en el arreglo de las privadas propiedades como en la atención

de los asuntos públicos; y así, si hay que prestarle ayuda a algún otro, contribuye con sus medios, y si algún temor hostiga, acude al socorro, unas veces compartiendo los gastos, otras asociándose a los trabajos, y las unas ayudando a persuadir, las otras obligando por la fuerza, y siendo en la buena fortuna la mayor alegría y en la desgracia el apoyo más fuerte para levantarse. 7. Y de todos los servicios que a cada cual las manos le rinden manejando las cosas y adelantándose los ojos a ver y los oídos a escuchar y cumpliendo los pies su trecho, no se queda atrás el amigo en ninguno de ellos; y muchas veces lo que uno mismo en su favor no ha ejecutado, o no lo ha visto, o no lo ha oído, o no lo ha recorrido, ese oficio lo cumple el amigo por el amigo. Pues con todo eso hay algunos que se afanan en cuidar los árboles en atención al fruto, pero de la posesión más fructuosa de todas, la que se llama amigo, no se cuidan los más de los hombres sino perezosa y desmayadamente.

*CAPITULO V.1.* Y escuché también una vez otra conversación suya, que, a mi parecer, invitaba al que la oyera a investigar acerca de sí mismo de cuánto les valía a los amigos. Pues es ello que, habiendo visto a uno de los que con él andaban que se desentendía de un amigo agobiado por la pobreza, le preguntó a Antístenes<sup>51</sup> delante del desentendido y de muchos otros: 2. «Oye, Antístenes —le dijo—, ¿hay alguna manera de precios para los amigos, como los hay para los esclavos? Pues de los esclavos el uno viene a tener precio de dos minas, el otro ni aun de media, y uno de cinco minas, y otro hasta de diez; y Nicias, el de Nicé-rato, se dice que ha comprado un capataz para sus minas de plata por precio de un talento. En fin, pues eso es lo que estoy investigando —dijo—, si es que, en efecto, igual que para los criados, así también hay precios para los amigos<sup>52</sup>.» 3. «A fe mía

51. Antístenes, de quien arranca la actitud cínica, que profundiza en la contradicción entre la verdadera virtud y las virtudes sociales o respetos humanos, fue tal vez el primero que escribió diálogos socráticos a la muerte del maestro; en III.XI.17 (v. nota 121) Sócrates lo cita con orgullo entre sus inseparables. Es muy posible que en estos *Recuerdos* y en la *Apología* Jenofonte se inspirara más de una vez en las obras socráticas de Antístenes, perdidas para nosotros.

52. La *mina*, suma de 100 dracmas, venía a equivaler a unos 92 francos oro; el *talento* era la suma de 60 minas. De modo que el esclavo más barato de los citados, *ni aun de media mina*, valdría

que sí —contestó Antístenes—; yo, sin ir más lejos, hay alguno que en más de dos minas apreciaría que fuera amigo mío, y un otro que no puedo evaluarlo ni aun en media mina, y algún otro que aun a precio de diez minas lo tomaría, y otro que pagaría yo todas las riquezas y fatigas porque me fuera amigo.»

4. «Así que entonces —dijo Sócrates—, si es verdad que es así la cosa, bueno habrá de ser que uno se examine, a ver en cuánto precio, pues, puede venir a ser para los amigos y tratar de valer un precio lo más alto posible, a fin de que los amigos sea menos fácil que lo vendan. Pues a la verdad que yo —dijo— muchas veces oigo decir a uno que lo ha vendido un amigo suyo, a otro que por ganar una mina ha preferido dejarlo a él un hombre al que tenía por amigo. 5. Todas estas cosas, y tales como éstas, estoy yo considerando, no vaya a ser que, igual que cuando quiere uno vender un esclavo malo y lo cede por lo que se le ofrece, así también al amigo malo, cuando se ofrezca sacar por él más de su precio, resulte remunerador venderlo. Pero ni los buenos criados veo yo que se les ponga nunca mucho en venta ni a los buenos amigos que se les traicione.»

*CAPITULO VI.1.* Y también, a mi parecer, educaba el juicio para hacer estimación de amigos y de cómo habían de ser los que merecieran la pena de ganárselos, cuando hablaba del siguiente modo: «Escúchame —decía—, Critobulo<sup>53</sup>: si sucede que tenemos falta de un buen amigo, ¿cómo habremos de emprender por él pesquisas? ¿Habrá que buscar, en primer lugar, a uno que sea capaz de dominar su apetito y su amor a la bebida, su lujuria, su sueño y su pereza? Pues el que esté por ellos dominado ni es posible que en su propio bien pueda hacer nada de lo que debe ni en el de un amigo.» «A fe mía que no, desde luego» dijo. «Así que entonces al que por esos males esté vencido te parece que hay

46 francos oro, unas 1.000 pesetas actuales, y el más caro, unos 5.500 francos oro, o sea, algo más de 100.000 pesetas actuales; pero de calcular por el valor adquisitivo, habría que multiplicar las cifras a lo menos por tres o cuatro.—Nicias es el famoso estratega de la expedición contra Sicilia (v. Tucídides, VI, 8 y ss., y Plutarco en su biografía, donde nos habla de su riqueza y lujo).—Las minas de plata de Laureo, importante fuente de riqueza del Estado ateniense, gozaban fama de ser el sitio en que la esclavitud, masivamente organizada, tomaba formas más duras.

53. Critobulo ya ha aparecido en I.III.8 (v. nota 28).

que dejarlo fuera de la cuenta.» «Pues sí, sin duda», dijo. 2. «Pues ¿qué: aquel que, siendo gastador, no tenga medios propios, sino que esté siempre pidiéndoles a los que tiene al lado, y que, de recibir algo, no pueda devolverlo, y, de no recibirlo, coja odio al que no le da, ¿no te parece que también ése es bien difícil para amigo?» «Sí, ya lo creo», dijo. «Así que ¿también hay que evitar a ése?» «Evitarlo, sea como sea», contestó. 3. «Pues ¿qué: aquel que hacer dinero sí que sabe, pero tiene mucha ansia de riqueza y por eso resulta de mal trato, que de recibir sí gusta, pero a pagar no está dispuesto?» «A mí me parece —dijo— que ése es todavía peor que el anterior.» 4. «Pues, ¿qué dices de aquel otro que, por el ansia de hacer dinero, no se dé tiempo ni reposo para otra cosa alguna que de donde pueda sacar provecho?» «También hay que librarse de ése, a mi parecer: pues de poca utilidad podrá ser para el que con él trate.» «Y ¿qué de aquel otro que es hombre revoltoso y que procura crearles multitud de enemigos a sus amigos?» «También de ése habrá que huir, a fe mía.» «¿Y si hay uno que de todos esos vicios está libre, pero, cuando se le hace un bien, con él se aguanta, sin preocuparse para nada de pagar bien por bien?» «De mal provecho puede ser también ése. Pero, ¿a qué clase de hombre, Sócrates, trataremos de hacer amigo nuestro?» 5. «Supongo yo que a aquel que, al revés de todo eso, tenga dominio sobre los goces de su cuerpo y se vea que es acogedor y de buen trato y celoso en no quedarse atrás en hacer bien a los que bien le hagan, de modo que reporte beneficio tratar con él.» 6. «Pues entonces, ¿cómo podemos, Sócrates, hacer estimación de tales cualidades antes de iniciar el trato?» «A los escultores —dijo— los estimamos no según el testimonio de sus palabras, sino que el que vemos que las esculturas que tiene hasta el momento hechas son de buena obra, en ése confiamos que también las que haga en adelante las hará bien.» 7. «¿Quieres decir, en suma, que también el hombre —dijo— que a los amigos de antes se vea que los trata bien, es claro que igualmente a los de después les dará buen trato?» «Sí, puesto que también a los caballos —contestó— aquél que veo que a los que ha tenido los maneja bien, pienso que es probable que igualmente se maneje bien con otros.» 8. «Sea —dijo—; pero aquel que nos haya parecido que merece nuestra amistad, ¿cómo hay que hacer para ganarlo por amigo?» «Lo primero —respondió— habrá que atender a las señales de la voluntad divina, a ver si nos aconsejan hacerlo amigo nuestro.» «Y luego, ¿qué?: al que a nosotros

nos parezca bien y los dioses no se le opongan, ¿puedes decir cómo habrá que hacer para cazarlo?» 9. «A fe mía —contestó— que no a la carrera como la liebre ni por reclamo como los pájaros ni tampoco por violencia como los enemigos. Pues atrapar amigo mal de su grado mal trabajo es, y difícil también retenerlo atado como a un siervo; que enemigos vienen a ser más que no amigos aquellos con los que así se obra.» 10. «Y amigos, ¿cómo?», preguntó. «Dicen que hay unos ciertos encantamientos<sup>54</sup>, que los que los saben, recitándolos a intención de los que quieren ganarse, se los ganan por amigos, y que hay también algunas pócimas, que aquellos que las conocen, aplicándolas a quienes quieran, son amados por ellos.» 11. «¿De dónde, pues —le dijo—, podemos aprender esos secretos?» «Los encantamientos que las sirenas le cantaban a Ulises ya se los has oído a Homero, que su comienzo es algo como esto:

*Ven aquí, ea, Odiseo famoso, honor de los griegos*<sup>55</sup>.

«Entonces, Sócrates —le dijo—, ese encantamiento, ¿es el que les cantaban también a los demás hombres las sirenas para retenerlos, de modo que no pudieran los que eran encantados apartarse de ellas?» 12. «No, sino que era a los que codiciaban gloria de su valor a los que así cantaban.» «Vienes a querer decir que los encantamientos que a cada cual se le reciten tienen que ser tales que no pueda él crecer, al oírlos, que el que se los recita lo está haciendo por burla.» «Claro, porque, si no, seguramente se hará uno más odioso y espantará de sí a los hombres, si al que sabe que es pequeño y feo y de pocas fuerzas lo alaba con mención de lo hermoso que es y lo grande y fuerte.» «Y otros encantamientos, ¿sabes todavía?» 13. «No, pero sí que he oído que Pericles sabía muchos, que recitándoselos al pueblo, le obligaba a tenerle amor.» «Y Temístocles, ¿cómo hizo que le tuviera amor el pue-

54. A los encantamientos (ἐπωδαί) y pócimas mágicas (ψιλλ-τρα) de amor se hace también referencia en III.XI.16-17 (v. nota 121); y v. en el *Cármides*, 157 a, donde «esos encantamientos son los razonamientos hermosos». La reducción de lo mágico a lo racional (que es, por supuesto, también y a la par lo inverso), era, sin duda, procedimiento favorito de Sócrates.

55. Es el comienzo del pasaje de la *Odisea*, XII, 184 y ss.

blo?» «A fe que no por encantamientos, sino colgándole un amuleto protector en torno al cuello.»<sup>56</sup> 14. «Me parece, Sócrates, que vienes a decir que, si hemos de conseguir algún amigo bueno, tenemos nosotros mismos que hacernos buenos para él en palabras y en obras.» «Y ¿es que tú creías —dijo Sócrates— que era posible, aun siendo malo y vil, ganar amigos valiosos?» 15. «El caso es que yo veía —dijo Critobulo— viles charlatanes que amigos eran de excelentes oradores y otros, incapaces de mandar tropa, compañeros de hombres muy dotados para el mando.» 16. «También entonces —respondió—, viniendo a lo que ahora discutimos, ¿sabes de algunos que, siendo ellos hombres sin provecho, pueden hacerse con amigos provechosos?» «A fe mía que eso, desde luego, no —le dijo—; pero, si no cabe, siendo uno malo y vil, ganarse por amigos hombres de bien, al punto se me convierte en otra la preocupación, si es que cabe, siendo ya uno hombre de bien, ser de los hombres de bien amigo.» 17. «Lo cual te atormenta, Critobulo, porque muchas veces hombres que obran noblemente y que se abstienen de cualquier vileza los ves que, en vez de ser amigos, andan de querrela los unos con los otros y más difícil les resulta el trato que a los hombres de ninguna estima.» 18. «Y que no sólo ya —repuso Critobulo— les pasa eso a los particulares, que también en las naciones las que más se afanan por las nobles empresas y menos a las viles se abandonan a menudo están en guerra las unas con las otras.» 19. Considerando todo lo cual, muy desanimado me encuentro respecto a la adquisición de los amigos, pues por un lado los malos no pueden serlo los unos de los otros, porque ¿cómo van hombres, o desagradecidos, o descuidados, o ambiciosos, o desleales, o incontinentes a poder hacerse amigos?: así que los malos estoy del todo convencido de que a ser enemigos más están destinados que no amigos. 20. Ahora bien, a lo que tú dices, tampoco con los hombres de provecho pueden nunca los malos concordarse en amistad. Pues ¿cómo los que a viciosas obras se dedican pueden venir a hacerse amigos de los que odian obras tales? Y si,

56. Que el mando ilustrado de Pericles se apoyaba en buena parte en el poder persuasivo de su elocuencia nos es bien conocido. La magia de Temístocles es de acción más que de palabras: el amuleto alude a las fortificaciones y a la escuadra, «muralla de madera», con que protegió a Atenas de la invasión persa. Las técnicas políticas de ambos vuelven a contraponerse en el *Convite*, VIII, 39.

para remate, también los que ejercitan la virtud se pelean por estar a la cabeza en las ciudades y se envidian entre sí y se odian los unos a los otros, ¿quiénes van a quedar para ser amigos y en qué hombres buena voluntad y lealtad podrán encontrarse?» 21. «Ah, pero es que —dijo Sócrates— hay una cierta complicación en todo esto, Critobulo. Pues por su natural tienen los hombres unas partes propicias a la amistad: que se necesitan los unos a los otros y se compadecen y sacan provecho de trabajar juntos, y, dándose cuenta de ello, sienten agradecimiento los unos por los otros; y otras partes propicias a la guerra, pues, al tener todos unas mismas cosas por buenas y placenteras, por ellas se combaten y, tomando posturas diferentes, entre sí se enfrentan; y cosa también de guerra, la porfía y la pasión; causa, en fin de hostilidad, el ansia de ser más que nadie; causa de rencor, la envidia. 22. Pero, sin embargo, escurriéndose por entre todas esas dificultades, va enlazando la amistad a los hombres de bien, pues gracias a su virtud, mejor prefieren disfrutar sin fatigas de posesiones mesuradas que no por la guerra ser los dueños de todo; y son capaces, pasando hambre y sed, de compartir sin pesadumbre el pan y la bebida, y, gozándose con los amores de juventud florida, dominarse de manera a no apesadumbrar a quienes no se debe. 23. Y pueden también de las riquezas no ya sólo, reteniéndose de la codicia de ser más, participar bajo ley común, sino aun suplir las faltas los unos a los otros; y también pueden sus porfías, no ya sin pena, pero aun con gran ventaja, arreglarlas entre sí y contener la pasión de ira de que pase al punto de tener que arrepentirse; y en cuanto a la envidia, de todo en todo la suprimen al ofrecer a los amigos como propios suyos sus propios bienes y al considerar los de los amigos como propios suyos. 24. ¿Cómo entonces no va a ser probable que los hombres de bien también en los cargos y honores públicos no sólo no se hagan daño, sino aun provecho los unos a los otros, al participar en común en ellos? Pues cierto que los que desean en los estados tener honor y mando para estar en condición de robar dinero y hacer fuerza a los hombres y llevar vida de lujo no puede ser sino que sean justos y miserables e incapaces de ponerse de acuerdo con otro alguno. 25. Pero si uno, queriendo en su pueblo tener honores, a fin de no estar él expuesto a injuria y poder a sus amigos en lo justo favorecerles, y habiendo ocupado un alto cargo, trata de hacer algún bien a la patria, ¿por qué uno así no ha de poder marchar de acuerdo con otro de la misma condición?

¿Es que en compañía con los hombres de bien va a poder ser menos útil o será más incapaz de laborar por el bien de su país teniendo hombres de bien por colaboradores? 26. Bien al contrario, hasta en las competiciones deportivas se ve bien claro que si les fuera dado a los mejores, formando equipo, salir contra los inferiores, todas las competiciones a buen seguro que así vencerían y ganaran así los premios todos<sup>57</sup>. Así que ya que allí no dejan hacer eso, pero, en cambio, en la política, donde son los hombres de bien los campeones, nadie impide que uno en compañía de quien quiera se dedique a hacer bien a la nación, ¿cómo no va a tener cuenta haber ganado por amigos a los mejores cuando se entre en el gobierno, teniéndolos como compañeros y colaboradores de las actividades mejor que no en la oposición? 27. Pues en verdad que claro está también que si uno entra en guerra contra alguien, aliados le harán falta, y tantos más de ellos si con los hombres de pro y de bien ha de enfrentarse. Y asimismo verdad que a los que quieran aliársenos habrá que tratarlos bien para que de su grado pongan en la guerra empeño. Pero muy más ventajoso hacerles bien a pocos que sean los mejores que a peores en mayor número, pues los malos necesitan de muchos más favores y atenciones que los buenos. 28. Pero, en fin, ten ánimo —le dijo—, Critobulo, y trata de ir haciéndote hombre de valer, y una vez que lo seas, emprende la cacería de las gentes de bien. Y aun puede que por ventura pueda yo mismo echarte alguna mano para la caza de los hombres de bien y pro por aquello de ser técnico en amor; porque es de ver con qué destreza y furia, a los hombres de que me entra el ansia, allí estoy entero lanzado a eso de, a fuerza de quererlos, hacerme querer de ellos, y a fuerza de sentir su falta, hacerles sentir la mía, y con desear su compañía, lograr que sea mi compañía deseada. 29. Y bien veo que también a ti han de hacerte falta tales artes para cuando desees ganarte la amistad de alguien. Así que no me ocultes más quiénes son esos de los que querrías hacerte amigo, pues ello es que en gracia de esto de cuidarme de agradar al que me agrada creo que no ando del todo falto de experiencia para la caza de los hombres.» 30. Conque Critobulo dijo: «Y ¡cómo!; que

57. Se refiere a las competiciones deportivas no en los grandes festivales, sino en los gimnasios, donde los maestros (gimnastas y paidotribas) se cuidaban de distribuir los contendientes de modo que resultaran equilibrados los equipos.

en verdad yo, Sócrates, de esas enseñanzas hace ya tiempo que estoy con ganas, y muy en especial si esa misma ciencia me va a ser bastante con los hombres de bien para las almas y con los hermosos para los cuerpos.» 31. A lo que Sócrates repuso: «Ah, pues, no, Critobulo, no está dentro de mi arte lo de conseguir, con alargar la mano, hacerles quedarse quietos a los hermosos. Y para mí tengo que por eso es por lo que de Escila<sup>58</sup> solían huir los hombres, porque les echaba la mano encima; mas, por cierto, que a las Sirenas, como no le echaban la mano a nadie, sino que a todos de lo lejos les cantaban sus encantamientos, cuentan que todos se les quedaban quietos y venían a ser, escuchándolas, hechizados.» 32. A lo que dijo Critobulo: «Contando con que a nadie le voy a echar la mano, sígueme enseñando lo que tengas de bueno para el ganar amigos.» «¿Tampoco entonces—dijo Sócrates—arrimarás boca con boca?» «Ten buen ánimo—repuso Critobulo—, que tampoco arrimaré la boca a nadie, como no sea hermoso.» «Hete aquí—le dijo—, Critobulo, que ya de entrada has dicho lo más impropio al caso, pues no se prestan los hermosos a manejos tales, mientras que los feos, aun con gusto se dejan ir a ello, creyendo que con ello hermosos de alma se les llama»<sup>59</sup>. 33. A lo cual Critobulo: «Dispuesto a dar un beso a los hermosos y a los buenos tres besos; así que ámate y sígueme enseñando las artes de caza de los amigos.» Conque Sócrates le dijo: «Entonces, Critobulo, cuando de alguno quieras hacerte amigo, ¿me vas a dejar denunciarte a él de que le tienes admiración y que deseas ser amigo suyo?» «Ya puedes denunciarme—dijo Critobulo—, que de nadie sé que coja odio a los que le alaban.» 34. «Pero si llego a acusarte ante él—le dijo—de que por la admiración que le tienes estás lleno para con él de buena voluntad, ¿no te va a parecer que te estoy con eso calumniando?» «¿Cómo?, ¡si por mí mismo veo—dijo—la buena voluntad que me entra para con aquellos que sospecho que la tienen buena para conmigo!» 35. «En fin, que todo eso—dijo Sócrates—se me va a permitir decirles sobre ti a los que quieras hacer amigos tuyos; pero si encima me das permiso todavía para decir de ti que eres muy entregado a los amigos, y con nada te gozas tanto como con amigos buenos, y que te enorgulleces de los felices logros de

58. Sobre Escila, v. *Odisea*, XII, 85 y ss.

59. Este cruce de bromas es más fácil en griego por el valor más amplio de *καλός*, «hermoso, noble, hombre de bien».

los amigos no menos que de los tuyos, y con los bienes de los amigos no menos que con los tuyos gozas, y para que así se les logren no te cansas de urdir y de moverte, y que bien sabido tienes que virtud de hombre es el vencer a los amigos en hacer bien y en el mal a los enemigos, creo que podré hacerte buen servicio como compañero de caza de amigos buenos.» 36. «¿A qué, pues—dijo Critobulo—, me preguntas todo eso, como si no estuviera en tu mano decir de mí cuanto se te antoje?» «A fe que no, de hacer caso a lo que le oí cierta vez a Aspasia<sup>60</sup>, que decía ella que las buenas casamenteras, llevando noticia de los unos a los otros, mientras sea con verdad, son muy hábiles en juntar hombres en parentesco, mas que mentir no quieren en sus alabanzas, pues saben que los que se descubren engañados se cogen odio entre ellos y a la par a la que les arregló la boda. Que, en suma, convencido yo también de eso, pienso que es razonable que no me sea permitido hablar en tu alabanza en cosa que verdad no diga.»

37. «Así que tú—dijo Critobulo—tal amigo mío eres, Sócrates, que si yo por mí tengo alguna buena condición para ganarme amigos acudas a ayudarme; pero si no, no puedes avenirte a inventar algo que decir en provecho mío.» «Y ¿cómo te parece, Critobulo—dijo Sócrates—, que te puedo ser más provechoso: alabándote en falso o persuadiéndote a que intentes hacerte un hombre bueno? 38. Y si así no se te aparece claro, considéralo en los siguientes casos: si queriendo yo ganarte la amistad de un armador de barcos te alabara con mentira, sosteniendo que eres un buen piloto, y él, convencido de ello, te encomendara el barco sin saber tú pilotarlo, ¿puedes esperar más cosa sino llevar a la perdición al barco y a ti con él? O si al común de la nación, mintiendo, la persuadiera a ponerse en tus manos como hombre

60. De Aspasia, la ilustre amiga de Pericles, que ejerció, sin duda, una influencia notable en la vida intelectual y política de Atenas, se declara aquí Sócrates discípulo, como en varios lugares de los diálogos platónicos (v., por ejemplo, *Menéxeno*, 235 e), como de Diotima en Platón, *Simp.*, 201 d, con una ironía que afecta ciertamente a la concepción del magisterio intelectual, pero en modo alguno desvirtúa el hecho de que él se sintiera realmente influido e iluminado de especial modo por la conversación con esas mentes femeninas. Esquines de Esfeto, otro de los primeros creadores del género del diálogo socrático, había publicado uno bajo el nombre de Aspasia, en que ésta conversaba con Sócrates sobre el amor y con Jenofonte y su joven esposa sobre la condición de la mujer.

entendido en mando militar y en jurisprudencia y en artes de gobierno, ¿qué piensas que contigo pasaría y con la nación por obra tuya? O si en lo privado a algunos de los ciudadanos los persuadiera con la mentira de que eres buen administrador y diligente a que te encomendaran el cuidado de sus bienes, ¿no habría de suceder, al venir a las pruebas, que, amén de los perjuicios que causarás, quedaras en ridículo? 39. La verdad es que la vía más breve y la más segura y más honrosa, Critobulo, será que en aquello en que quieras por bueno ser tenido, en eso mismo trates de hacerte bueno. Y cuantas se dicen virtudes entre los hombres, hallarás, si bien lo miras, que todas con aprendizaje y ejercicio se acrecientan. Así que yo, Critobulo, de esa manera es como creo que debemos irnos a la caza; mas si tú tienes algún otro parecer, ve dándome noticia.» Y Critobulo: «Vergüenza me daría, Sócrates—le dijo—, de contradecir a tus razones, que ni con verdad ni con decencia podría decir nada.»

*CAPITULO VII.1.* Pero más aún: que las dificultades de sus amigos, las que nacían de ignorancia, trataba de remediarlas con consejo; mas las que de falta de medios eran, enseñándoles a ayudarse en lo que pudieran los unos a los otros. Conque también voy a decir sobre ese punto las noticias que de él guardo. Que es que a Aristarco<sup>61</sup>, viéndolo una vez andar de cara triste: «Échase de ver, Aristarco—así le dijo—, que tienes algún pesar encima; pero del pesar hay que dar parte a los amigos, que quizá podamos nosotros descargarle de él en algo.» 2. Conque Aristarco: «Pues la verdad, Sócrates—le dijo—, que me hallo en grave aprieto: que es que desde que estalló en Atenas la revuelta, al haberse ido muchos huidos al Pireo, se han venido a juntar en casa mía hermanas y sobrinas y primas que han quedado solas en tal número que hay en casa catorce, sin contar la servidumbre. Y no cogemos nada, ni del campo (porque está en poder de los del otro bando) ni de las viviendas (que tal ha venido a ser la falta de gente en la ciudad)<sup>62</sup>; cuanto a los muebles, no los compra nadie,

61. De este Aristarco nada sabemos por otra parte.

62. Se trata de la revuelta por la restauración de la democracia, en 404 y 403, dirigida por Trasibulo (v. Jenofonte, *Hel.*, II, 3-4); los demócratas rebeldes se habían hecho fuertes en el Pireo, y son sus mujeres, abandonadas, las que vienen a caer a casa de Aristarco. La falta de gente, que hace que las casas de alquiler no rindan, se

ni tampoco se puede conseguir un préstamo en ningún sitio, mas antes me parece que, puesto a buscar, me lo encontraría caído por la calle que no que me lo prestaran el dinero. Ya ves, pues, que es muy duro, Sócrates, estarse ahí viendo morir de hambre a la gente de uno, pero que es imposible, en una situación como ésta, alimentar a tanta gente.» 3. Habiendo, pues, oído Sócrates tal cosa: «¿Cómo diablos es—le dijo—que Ceramón<sup>63</sup>, sosteniendo a tanta gente, no ya puede proveer a sus necesidades y a las de ellos, sino que aun le sobra y se hace rico, mientras que tú, por sostener a tanta gente, temes que por falta de lo necesario vayáis a moriros todos?» «Pues a fe—le contestó—, porque lo que él sostiene son esclavos, mientras que los míos son gente libre.» 4. «Y ¿cuáles crees—le dijo—que son mejores: los libres de tu casa o los esclavos de casa de Ceramón?» «Yo creo, claro—contestó—, que los libres de mi casa.» «Fea cosa entonces—dijo—que él, con peores gentes, se vea en la abundancia y tú, que las tienes muy mejores, te encuentres en aprieto.» «Claro, por vida mía—dijo—; como que los que él sostiene son obreros y los míos con educación de personas libres.» 5. «Veamos, pues—le dijo—: ¿obreros son los que entienden en hacer alguna cosa útil?» «Ni más ni menos», respondió. «¿Cosa útil, pues, la harina, por ejemplo?» «Sí, y muy útil.» «Y ¿qué decir del pan?» «Que no lo es menos.» «Pues ¿qué—le dijo—los mantos de hombres y los de mujeres, las camisas y chales y manteos?»<sup>64</sup>. «Útiles, por cierto—dijo—, también todas esas cosas.» «Y luego—le dijo él—, ¿es que los de tu casa no saben hacer ninguna cosa de éstas?» «Y aun todas ellas, a lo que creo.» 6. «Pues entonces ¿no sabes que con una sola de ellas, con la industria harinera, Nausicides no ya se alimenta él y su familia, sino además muchos cerdos y vacas, y a tal punto le sobran los haberes que le toca a menudo correr

debe no sólo a esto, sino a los muchos que ya antes habían escapado de Atenas de la tiranía de los Treinta.

63. Tampoco de este gran industrial, Ceramón, hábil organizador de una abundante mano de obra, tenemos más noticia que ésta.

64. La traducción de nombres de las prendas es aproximativa: ἱμάσιον («manto») es el vestido exterior común: χιτωνίσκος («camisa»), una forma corta del vestido interior (latín, *tunica*); χλαμύς («chal»), la clámide, una especie de capa o casaca más corta (por ejemplo, del vestido militar o de lujo); λειτορία («manteo»), algo como un vestido sujeto a un hombro (presumiblemente haciendo veces de manto y camisa al tiempo) para gente de condición inferior.

con los gastos de las funciones públicas; y que con la panadería Cirebo sustenta a toda su familia y vive regimiento; y que Demeas, el colités, con la fabricación de chales y Menón con las de capas y los más de los megareses con la de los manteos se sustentan?»<sup>65</sup>. «¡Por vida de...!—repuso—, porque es que éstos disponen de hombres extranjeros que han comprado para forzarles a laborar en lo que bien venga; pero yo lo que tengo son personas libres y parientes.» 7. «Entonces—dijo—porque son libres y parientes tuyos ¿crees tú que tienen por fuerza que estarse sin hacer nada fuera de comer y de dormir? Y ¿es que también entre los otros hombres libres son los que viven así los que ves que mejor lo pasen y más felices te parecen o lo son aquellos otros que se dedican a las cosas útiles para la vida en las que entienden? O ¿es la holgazanería y el abandono lo que sientes que a los hombres les sea de provecho para aprender lo que saber convenga y retener en la memoria lo que aprendan, y para estar sanos y fuertes de sus cuerpos, y para ganar y conservar las cosas útiles para la vida, mientras que, en cambio, la industria y la diligencia para nada sirven?»<sup>66</sup>. 8. Y ¿cómo aprendieron aquellas mujeres lo que dices que saben: como artes que ni eran útiles para la vida ni habían de poner por obra ninguna de ellas o, más bien al revés, con

65. «El colités» señala a Demeas como perteneciente al demo (subdivisión de la φυλή o tribu, un tiempo con valor local) de Colito.—«Los gastos de las funciones públicas», esto es la λειτοργαί *liturgia*: prestaciones exigidas del Estado a los ciudadanos más ricos para ayudar a la subvención de los gastos públicos; las más conocidas y costosas eran la χορηγία, por la que el ciudadano se encargaba de hacer instruir y aparejar el coro para una representación teatral, y la τριηραρχία, por la que debía armar un barco del que el Estado ponía casco y arboladura; el designado podía intentar librarse de la liturgia denunciando a otro con el que, para mostrar su creencia de que reunía mejores condiciones económicas, estaba dispuesto a hacer la *antídosis* o intercambio de bienes.—El objeto de la industria de Menón es la χλαμύς, capa de tejido fino para mujeres y elegantes.—Mégara (o Mégaros) es la conocida ciudad comercial, en el Istmo, inmediata al Ática, donde floreció la escuela megárica de filosofía, con la que estaba la dialéctica socrática en conexiones bastante íntimas, aunque no fáciles de estudiar.

66. Ignora Sócrates deliberadamente que para una burguesía de tipo más arcaico (que justamente en circunstancias como las aquí descritas vemos entrar en crisis) era, efectivamente, ley no dedicarse a los trabajos propiamente dichos.

intención de dedicarse a ellas y de ellas sacar provecho? Pues ¿cómo pueden mejor venir a ser los hombres cuerdos y templados: echándose a la holganza o dedicándose a lo que sea útil? Y ¿cómo pueden ser más justos: si trabajan o si, vagando, se dedican a discutir sobre los medios de subsistencia? 9. Pero si es que aun ahora mismo, a lo que pienso, ni tú puedes tenerles amor a ellas ni ellas tampoco a ti; tú considerando que son para ti una carga y ellas viéndote que te sientes por ellas agobiado. Conque a resultas de semejante situación peligro hay de que vaya el disgusto y enojo haciéndose mayor y menguándose el agradecimiento que nacido hubiera. Mas si ordenares modo de que se pongan a trabajar, tú las querrás a ellas al ver que son para ti mismo provecho, como ellas a ti te cogerán cariño al sentir que te dan ellas alegría; así que, acordándoos con más agrado de las buenas obras que de antes os tengáis hechas, acreceréis la gratitud que de ellas haya, y por todo ello estaréis en más amor y confianza los unos con los otros. 10. Pues a bien que si tuvieran que trabajar en algo deshonesto, antes morir que eso había que preferir; pero los trabajos que saben son, según parece, los que se estiman por más honrosos y decentes para mujeres. Y todo el mundo, en las cosas que entiende, se pone a trabajar con la mayor facilidad y prontitud, con el arte mejor y el mayor gusto. Así que no vaciles más en proponerles cosa que a ti te ha de dar su fruto y lo mismo a ellas, y que es de suponer que lo acogerán bien complacidas.» 11. «Pues a fe de los dioses—replicó Aristarco—, que a tal punto me parece bueno tu consejo, Sócrates, que, así como hasta aquí no me permitía yo tomar un préstamo, sabiendo que, en gastado lo que recibiera, no tendría de dónde devolverlo, ahora, en cambio, me parece que voy a avenirme a tomarlo como capital para poner en marcha los trabajos.» 12. Conque resultó de aquí que se le proporcionó el capital de partida y se mercaron lanas, y que estaban las mujeres trabajando al desayuno y a la cena trabajando, que estaban alegres en vez de malhumoradas, y que en vez de las suspicacias entre él y ellas, con agrado se miraban los unos a los otros, que ellas, como protector suyo, lo querían y tenían él cariño como a personas de provecho. Y para terminar, que acudiendo a Sócrates muy gozoso le contaba todo esto y que lo que ahora le reprochaban es que era el único en la casa que comía sin trabajar. 13. A lo que Sócrates le dijo: «Y tú entonces ¿no les cuentas el cuento aquel del perro? Que es que dicen que cuando tenían habla los animales, le dijo la oveja al amo:

“Extraña cosa haces, que a nosotras, las que te proporcionamos lanas y corderos y queso, no nos das nada que no tomemos nosotras de la tierra, y, en cambio, al perro, que no te proporciona nada de eso, le das parte de lo que tienes tú mismo de comida.”

14. Que el perro, pues, habiéndole oído, replicó: “Sí, a fe mía; porque yo soy el que a vosotras os libro de que os roben hombres ni lobos os arrebatan; pues lo que es vosotras, si no os estuviera yo guardando, ni aun pastar podríais con el miedo de que os mataran.” Así, en fin, se cuenta que aun las ovejas se avinieron a que tuviera el perro trato de preferencia. Conque tú también explícales a aquéllas que con ellas tienes el lugar del perro como guardián y cuidador suyo, y que por ti, sin recibir de nadie daño, trabajando, viven en seguridad y dulcemente»<sup>67</sup>.

*CAPITULO VIII.1.* Y fue otra vez que al ver, después de mucho tiempo, a un viejo camarada: «Hombre, Eutero—le dijo—, ¿de dónde sales?» «A la terminación de la guerra<sup>68</sup>—respondió— regresé del extranjero, Sócrates; pero en este momento nada, por aquí ando. Que es que, una vez que quedé desposeído de las propiedades que teníamos fuera (y en el Atica mi padre no me dejó nada), forzado me veo ahora a quedarme aquí, ganándome el sustento con el trabajo de mi cuerpo, que mejor me parece esto que no andarle pidiendo a nadie, sobre todo no teniendo nada sobre lo que tomar un préstamo.» 2. «Y ¿por cuánto tiempo crees—le dijo—que te podrá el cuerpo dar de sí para ganarte la vida trabajando de jornal?» «A fe mía—dijo él—, que no por

67. Un cuento que se adscribe al tipo de la fábula o *μῦθος* esópico (no figura, sin embargo, entre las reunidas en el corpus esópico conocido), pero de la especie que llamaríamos *intencionada*, de aquellas en que el *ἐπιάντις* o moraleja precede a la fábula misma, que se inventa para justificarlo (cfr. la del estómago y los miembros, que responde a idéntica intención), y no que, como en el verdadero *mito*, la narración o figura carece de traducción precisa a la moral racional. En el *Fedón*, 60 e, se nos cuenta cómo Sócrates en la cárcel, poco antes de morir, trató de dedicarse a versificar fábulas esópicas.

68. Tampoco Eutero nos es conocido por otra parte. Se trata, sin duda, del fin de la guerra del Peloponeso, en el 404; ya en el capítulo anterior hemos visto el estado miserable de la ciudad tras él. La desposesión de las propiedades de los ciudadanos atenienses en el extranjero estaba entre las condiciones de la paz (v. el discurso de Andócides *De la paz*, 12).

mucho tiempo.» «Y el caso es—siguió Sócrates—que, cuando te hagas más viejo, gastos, claro está, los seguirás teniendo y jornal, en cambio, nadie querrá pagártelo por los trabajos de tu cuerpo.»

3. «Verdad es como dices», respondió el otro. «Pues entonces—dijo—mejor será que aquí mismo te encargues de alguna clase de trabajo que pueda subvenir a tus gastos aun cuando estés ya viejo y que te arrimes a alguno de los que tengan hacienda harto crecida para ellos y que necesite alguien que le ayude a cuidar de ella, de modo que, poniéndote al frente de las obras y ayudando a recoger los productos y a conservar el capital, del beneficio que le hagas saques tú tu beneficio.»

4. «Dura cosa—contestó—sería para mí, Sócrates, someterme a servidumbre.» «Pero ello es que los que en las naciones se ponen al frente y se cuidan de los asuntos públicos por cierto que no se les mira más como siervos por mor de ello, sino como más libres»<sup>69</sup>.

5. «En suma, Sócrates—le dijo—, que el tener que dar cuentas a nadie es cosa por la que no acabo yo de entrar.» «Pero el caso es, Eutero—dijo él—, que no es, por cierto, nada fácil encontrar trabajo en que uno no tenga responsabilidad. Pues difícil es hacer de modo cualquier cosa que no se yerre en nada y aun difícil, si algo se ha hecho sin error, no dar con algún censurador mal entendido; que aun en las cosas que dices que trabajas ahora, mucho me extraña que sea fácil escapar sin recibir alguna queja.

6. Lo que hay que hacer, pues, es tratar de evitar a los criticones de afición y buscar a los hombres benévolos y de buen juicio, y de los asuntos emprender los que puedas ejecutar; mas los que no puedas, guardarte de ello, y cualquier trabajo, en fin, que hagas, dedicarte a él con el mejor arte y el mayor empeño. Pues así es como pienso que menos tendrás que cargar con culpas y más encontrarás socorro en tus dificultades y habrás de vivir con la mayor facilidad y el menor riesgo y con tus faltas hasta la vejez bien atendidas.»

*CAPITULO IX.1.* Y sé también de una vez que estaba oyendo a Critón<sup>70</sup> decir que era difícil en Atenas la vida para un hom-

69. Se pone aquí en boca de Sócrates la expresión del cambio de visión característico de un momento social como éste, por el cual, así como la administración deja de ser ocupación servil, al mismo tiempo el gobierno pasa a presentarse como administración al servicio de los ciudadanos.

70. Critón, que ya ha aparecido en II.11.48, es el amigo de Sócrates

bre que quisiera llevar sus propios negocios adelante. «Pues, según las cosas están—decía—, gentes hay que me ponen pleito no porque tengan de mí ningún agravio, sino porque piensan que antes con gusto pagaré dinero que no tener que sufrir molestias.»

2. A lo cual Sócrates: «Y dime, Critón—le preguntó—, y tú ¿no crías perros para que tengan apartados de tus rebaños a los lobos?» «Claro que sí—le contestó—; que más cuenta criarlos tiéneme que no.» «¿No puedes entonces sostener también a un hombre que quiera y pueda mantener de ti alejados a los que intenten hacerte daño?» «Por cierto—dijo—que lo haría de buen grado si no temiera que contra mí se me volviese.»

3. «Pero ¿cómo?—dijo—: ¿es que no ves que se saca muy más dulce provecho de ganarse el agradecimiento de un hombre como tú que no de su enemistad? Sábetelo bien que hay por aquí hombres de esas condiciones que se darían por muy honrados de tenerte por amigo.»

4. Conque a consecuencia de esta conversación vienen a dar con Arquedemo<sup>71</sup>, hombre muy bien dotado tanto para hablar como para actuar, sólo que pobre, pues no era tal como para hacer negocio de cualquier cosa, sino hombre muy de bien y que decía que lo más fácil era sacarles el dinero a los acusadores de profesión. A éste, pues, Critón, cada vez que recogía la cosecha, bien de trigo, bien de aceite o vino o de las lanas u otras de las cosas que en el campo se le criaban de provecho para la vida, separaba una parte para darle, y cada vez que celebraba sacrificio, le convidaba y, en fin, con todas las atenciones tales agasajábale.

5. Conque habiendo llegado Arquedemo a mirar como un refugio para él la casa de Critón, de mil cuidados la rodeaba. Y es así que en seguida a los acusadores de Critón les descubre muchas culpas de que responder y muchas malquerencias, y a uno de ellos

tes leal en los días de su muerte, que ponía a su disposición sus grandes medios económicos para salvarlo, y que da nombre al conocido diálogo de Platón.—Se queja aquí de las actividades de los denunciadores privados, los sicofantas, que, ya por recibir premio legal por ellas, ya por chantaje o medios más oscuros, llegaban a ejercerlas como una profesión; de los que nos dan continua noticia así la comedia de Aristófanes como más tarde un discurso como el de Demóstenes, *Contra Aristogitón*, I, 49-53; y como aquí se ve, el remedio que Critón encuentra es el de dar con uno que ejerza la sicofancia contra los sicofantas.

71. Tal vez se trata del Arquedemo que sería luego famoso demagogo; del que v. Jenofonte, *Hel.*, I, 7, 2.

lo llevó ante los tribunales con un pleito del que había de resultar o condenado a la pena que le correspondiera o a pagar indemnización. 6. Así que aquél, teniendo conciencia de muchas faltas y muy graves, hacía todo lo posible para verse libre de Arquedemo; pero Arquedemo no se le quitaba de encima, hasta que él hubo levantado su demanda contra Critón y le hubo pagado una cierta suma. 7. Conque ya que Arquedemo hubo llevado adelante éste y otros asuntos semejantes, resultó entonces que, así como cuando un pastor tiene un buen perro, quieren también los demás pastores poner cerca del suyo sus rediles para aprovecharse de su perro, así también a Critón, en fin, muchos de los amigos le pedían que les dejara también a ellos a Arquedemo para guarda de sus intereses. 8. Y Arquedemo complacía a Critón de muy buen grado, con que no sólo Critón vivía en paz, sino también que sus amigos. Y si alguno de aquellos con los que se indisponía le reprochaba que adulaba a Critón por el provecho que de él sacaba: «¿Qué es, pues—decíale Arquedemo—, lo que es feo y deshonesto: que recibiendo buen trato de los hombres de bien y pagándoles con buen trato se gane uno a tales hombres por amigos y se enemiste con los villanos, o que, por tratar de hacer daño a los hombres de pro, se atraiga su enemistad y, colaborando con los viles, trate de ganárselos por amigos y tratar con éstos en vez de con aquéllos?»<sup>72</sup>. Conque a partir de aquí vino Arquedemo a contertarse entre los amigos de Critón y recibía de los otros amigos de Critón respeto y atenciones.

**CAPITULO X.1.** Y recuerdo también que tuvo con Diodoro<sup>73</sup>, compañero suyo, la siguiente conversación: «Óyeme—le dijo—, Diodoro: tú, si se te escapa alguno de los criados, ¿das los pasos que sea para recobrarlo?» 2. «Y aun a otros, a fe mía—contestó—, llámolos en ayuda, pregonando recompensa por su recobro.» «Pues ¿qué?—siguió Sócrates—: si alguno de los

72. Nótese el especioso esquema oratorio que hace Jenofonte adoptar a las justificaciones de Arquedemo, no poco sostenido por la insidia semántica (reflejo de la situación social) de los términos mismos: *χρηστοί* o *καλοὶ καγαθοί*, «hombres de pro, hombres de bien, gentes de buena sociedad» (latín, «*boni*»); y *ποῦηρο*, «hombres viles, hombres de baja condición» (latín, «*improbi*»).

73. De Diodoro, aunque se le llama *ἑταῖρος*, compañero o camarada de Sócrates, no tenemos tampoco más noticia.

criados se te pone enfermo, ¿te cuidas de él y llamas médicos en tu ayuda para evitar que muera?» «Claro está que sí», le contestó. «Mas si uno de tus conocidos—dijo—, que es de mucho más provecho que los sirvientes, corriera peligro de perderse por falta de recursos, ¿no crees que te habrá de corresponder ocuparte de él, de modo que salga con bien del trance?»<sup>74</sup> 3. Pues a bien que tú, por cierto, sabes que no es Hermógenes<sup>75</sup> hombre de poco seso, y que, de ser por ti favorecido, vergüenza le daría no favorecerle a su vez él. Y en verdad que tener un ayudante bien dispuesto y de buena voluntad y constante y capaz de ejecutar lo que se le mande, y no sólo ya lo que se le mande, sino capaz también de ser útil por propia iniciativa y de tomar medidas y de dar consejo, cosa es que por muchos criados vale. 4. Bien, pues los buenos administradores dicen que cuando lo que vale mucho hay ocasión de comprarlo a bajo precio, entonces es el buen momento de hacer las compras; y ahora, debido a las circunstancias reinantes<sup>76</sup>, hay ocasión de adquirir muy baratos amigos buenos.» 5. A lo cual Diodoro: «Pues a fe, Sócrates—le dijo—, que dices bien; así que mándale a Hermógenes que vaya por mi casa.» «Ah no, por vida mía—dijo—; no haré yo tal cosa, pues considero que ni es para ti más decente llamarlo a tu casa a él que ir tú a la suya, ni que sea para él mayor que para ti el provecho de ese trato.» 6. Así fue, en fin, como Diodoro dio en frecuentar a Hermógenes y con poco gasto consiguió un amigo que ponía su empeño en ver de qué modo podía, por palabras o por hechos, ser útil y complacer a Diodoro.

74. Sobre la persecución de esclavos fugitivos y el trato a los esclavos en general puede verse, por ejemplo, entre la rica bibliografía reciente (obra amplia y muy instructiva son los cuatro tomos de F. Bömer sobre la religión de los esclavos, publicados en Wiesbaden de 1957 a 1963), el libro de M. I. Finley, *Slavery in classical Antiquity*, 1960, o los primeros capítulos de M. Pohlenz, *la libertà greca*, ed. italiana, 1963.

75. Sobre Hermógenes véase I.II.48 y nota 19; será el que Jenofonte use como testigo para la actitud de Sócrates ante su juicio y su defensa.

76. Las circunstancias reinantes son las de la posguerra, en que ya nos han situado los tres capítulos anteriores (v. notas 62 y 68) y que habían traído consigo la ruina de muchos ciudadanos de mediana fortuna.